

—¿Qué piensa usted de eso, vecino?—preguntó Plavicki dirigiéndose al marido.

—Yo voy siempre con mucho gusto,—respondió el interrogado con la voz cavernosa que le era habitual.

—Entonces, hasta la vista.

—Hasta la vista,—repitió la señora Yamiz.

—Volviéndose luego á Polaniecki, le tendió la mano diciendo:

—He tenido una verdadera satisfacción en conocerle.

El señor Plavicki le ofreció el brazo y la acompañó hasta el carruaje.

Polaniecki quedó por unos instantes solo con Gatoski, que lo miraba con aire de mal humor. Del *Oso* había nacido un robusto joven. Polaniecki aguardaba que le dirigiese la palabra; mas éste permanecía inmóvil con las manos metidas en los bolsillos y sin despegar los labios.

—Es hijo de su padre,—pensaba Polaniecki,—no es un *oso*, pero es un *osezno*.

—Tienes que servirte de tu carruaje, mi querido Gatoski—gritó en aquel momento el señor Plavicki, que se les acababa de reunir,—en el mío no hay sitio más que para dos.

—A la fuerza,—respondió el joven;—casualmente traigo conmigo el perro de la señorita Marina.

Y se alejó inclinando ligeramente la cabeza.

Pocos momentos después seguían el camino que conducía á Kerzemien.

—¿Ese Gatoski es pariente vuestro?—preguntó Polaniecki.

—En noveno ó décimo grado. Esa familia ha de-

caído. Adolfo tiene una quinta, pero los bolsillos los tiene vacíos.

—No debe tener libre el corazón.

El viejo hizo con la boca una mueca de desdén.

—Tanto peor para él si se enzarza en sueños de amor. Es un buen muchacho, pero un simplón. Su educación es incompleta. Marina soporta su compañía.

—¡Ahl! ¿lo soporta?

—Mira como van las cosas. En el campo estamos sacrificados. Aquí la vida es muy enojosa y escasea la juventud. El pobre Gatoski nos distrae algo. Ahora trae un perro para Marina.

Mientras el coche seguía por la calle arenosa, permanecieron ambos en silencio.

Detrás de ellos venía Gatoski en su calesa. Iba pensando en Polaniecki.

—Si ha venido como acreedor, é insiste en querer que se le pague, le tuerzo el cuello—decía para sí.—Y si viene como enamorado, se lo retuerzo con doble motivo.

Cerca de una hora después, halláronse reunidos en torno de la mesa en el espacioso comedor. El perrito traído por Gatoski, queriendo hacer uso de las prerogativas que se le otorgaban como recién llegado, daba saltos alrededor de la mesa poniendo á veces confidencialmente las patas delanteras sobre las rodillas de los comensales.

—Es un sabueso que responde al nombre de Gordón,—creyó deber hacer notar el señor Gatoski,—aun cuando éste es muy ignorante todavía, su raza se distingue por el inmenso cariño hacia su amo.



—Es muy gracioso y os quedo muy agradecida, —contestó la señorita Plavicki.

—Además son magníficos para la caza.

—¿Sois aficionado á la caza?—preguntóle Polaniecki.

—No; nunca me ha dado por ahí. ¿Y usted?

—Alguna vez. Por otra parte, como vivo en la ciudad...

—¿Tienes muchas relaciones?—le preguntó el señor Plavicki.

—Casi ninguna. Fuera de la señora Emilia, mi socio y mi antiguo maestro Vascovseki, un sér muy original, no tengo otras. Pero trato á mucha gente con motivo de mis negocios.

—Haces mal, hijo mío. Un joven como tú debería procurar relacionarse con la buena sociedad. Un Polaniecki sería bien acogido en cualquier casa. A Marina le tengo que reprochar también lo mismo. Dos años atrás, con motivo de su cumpleaños, la llevé durante el invierno á Varsovia. Ya comprenderás que esto me costó no pocos sacrificios. Pues bien, se pasaba todo el día leyendo libros en casa de su amiga Emilia. Ha sido educada como una pequeña salvaje, y no cambiará jamás. Tú y mi hija os podéis dar la mano, sois tal para cual.

—Démonos pues la mano,—exclamó Polaniecki con tono jovial.

Pero Marina contestó sonriéndose:

—En rigor no puede ser, porque lo que mi padre dice es algo exagerado. Es verdad que leí mucho en compañía de Emilia, pero también hice varias visitas contigo, y luego bailé tanto que hubo para

que quedara satisfecha y cansada por todo el resto de mi vida.

—Oye, Estanislao, ¿conoces á Bukacki?

—Claro está que sí: es tan pariente de usted como mío.

—Es verdad, nosotros estamos emparentados con medio mundo. Bukacki era el que bailaba más constantemente con Mariana: bailaba toda la noche con ella.

Polaniecki se sonrió.

—Es el viejo más elegante de Varsovia: un ente original de los de más buena sombra. Cierta día le encontré y, sabiendo que había regresado de Venecia, le pregunté qué había visto de bueno allí, y me contestó: «En la playa de los Schiavoni ví cierto día media cáscara de huevo y media corteza de limón que nadaban, se movían, se empujaban y se alejaban; por fin la corteza cayó dentro de la cáscara y continuaron sobrenadando juntas». ¿No parece que se necesita gran virtud? Pues bien, Bukacki se ocupa siempre en estas tonterías; y es una lástima, porque es un hombre que tiene talento y que posee un verdadero gusto de artista.

—Dice que es muy rico.

—Puede ser que lo sea; pero no se le conoce. Menos mal, si á lo menos fuese un hombre alegre; pero por el contrario está siempre más triste que un responso. Olvidaba decir á usted que está locamente enamorado de la señora Emilia.

—¿Recibe muchas visitas Emilia?—preguntó la señorita Plavicki.

—Cuando yo la visitaba, iba alguna vez Bukacki y cierto abogado de fama llamado Masko.



—Aunque ella quisiera, no podría recibir mucha gente; la pequeña Litka la tiene ocupada la mayor parte de su tiempo.

—¡Pobrecita!—dijo Polaniecki.—Dios quiera que los aires de Reichenhall le aprovechen.

Una ligera nube pasó por su despejada frente. En aquel momento Marina lo miraba con una expresión de íntima simpatía, y á su mente acudía este pensamiento:

—Debe ser bueno.

Al mismo tiempo Polaniecki, por su parte, repetía, como si hablara consigo mismo:

—Masko... Masko ha hecho también la corte á Mariana; por fortuna no dejó rastro de su paso.

Terminada la comida, pasaron á la sala á tomar café. Cuando lo hubieron tomado, Marina se puso al piano. No podía decirse que fuese una artista de primera fuerza, pero tocó con gusto y con sentimiento.

A eso de las cinco, Plavicki miró el reloj, y dijo:

—Temo que los señores Yamiz no vengan.

Desde aquel momento siguió, mirando el reloj á cada minuto, no cesando de manifestar el mismo asombro de que aquellos señores se hiciesen aguardar tanto. Por fin, á eso de las seis, exclamó con lúgubre acento:

—Debe haber sucedido alguna desgracia.

En aquel momento Polaniecki se hallaba al lado de Marina, que le dijo en voz baja:

—Es una verdadera calamidad: no será verdad que les haya sucedido desgracia alguna, pero lo seguro es que mi padre estará de malhumor toda la noche.

—Creo,—contestó Polaniecki,—que los señores Yamiz no viven muy lejos de aquí: podría enviarse alguien allá para que se enterase.

—¿Qué te parece, papá?

—Es inútil,—contestó el viejo con cierta amargura;—iré yo mismo.

Llamó al criado, mandóle que preparase el coche, y añadió:

—*En fin*, podría suceder que viniese gente y no conviene que encuentren á Marina sola. Tú puedes quedarte á hacerle compañía; en el campo no es como en la ciudad, y luego... vaya... sois parientes. Tú Gatoski, puedes serme útil y tendría mucho gusto en que me acompañases.

La cólera y el disgusto se retrataron en el semblante del joven; pasóse la mano por sus espesos cabellos, y respondió:

—He prometido á la señorita Marina que le pondría á flote la barquilla, porque al jardinero no le acomoda hacerlo. El domingo pasado no quiso dejarme salir porque llovía á cántaros.

—Puedes ir en seguida; de aquí al estanque no hay más que treinta pasos: en pocos minutos puedes estar de vuelta.

De buen ó de mal grado, Gatoski tuvo que ceder. Plavicki sin cuidarse de los otros dos recorría en todas direcciones la sala, murmurando:

—La neuralgia... de seguro... Será preciso que Gatoski corra á casa del médico. El asno de su marido, consejero sin consejos, ni siquiera habrá pensado en ello.



En la necesidad de desahogar su malhumor, volvióse á Polaniecki, diciendo:

—No puedes figurarte lo imbécil que es.

—¿De quién habláis?

—De Yamiz.

—¡Pero papá!...—exclamó Marina.

—El señor Plavicki no la dejó continuar,—añadió cada vez más encolerizado.

—Ya sé que tú no puedes soportar que esa señora me demuestre afecto y amistad. Tú lee los libros de Yamiz sobre agricultura, levántale si quieres un monumento; pero permite que también yo siga mis inclinaciones.

Polaniecki no pudo menos de admirar la bondad y la afabilidad de Marina, la cual sin dar muestra alguna de impaciencia corrió á su padre, aplicó los labios á sus teñidos bigotes, y dijo:

—Pronto estará dispuesto el coche; de consiguiente no te enojés: ya sé que esto te hace daño.

Plavicki, que en el fondo la quería, la besó en la frente.

—Ya sé que tienes buen corazón...—observó.—Pero ¿qué hace aquel bendito de Gatoski?

Y desde la puerta que daba al jardín, y que estaba abierta, se puso á llamar al joven, que volvió casi en seguida todo atareado, manifestando que el bote estaba lleno de agua y tan agarrado al fondo, que á pesar de todos sus esfuerzos no había logrado hacerlo mover.

—Toma tu sombrero y démonos prisa, porque oigo llegar el coche.

Pocos instantes después los dos jóvenes estaban solos.

—Mi padre,—dijo Marina,—está acostumbrado á una sociedad mejor que la que puede encontrarse en el campo. Por eso da tanta importancia á la amistad de la señora Yamiz. En cuanto al señor Yamiz, es un hombre de muy buen sentido y muy inteligente.

—Le he visto en la iglesia y me ha parecido notar en él cierto abatimiento.

—Está enfermo y trabaja demasiado.

—Lo mismo que usted, señorita.

—¡Oh, no! el señor Yamiz sabe administrar bien su hacienda, y además se ocupa mucho de la agromía. La señora es una buena mujer, sólo que á mí me parece un poco afectada.

—Es una belleza marchitada.

—Eso es. La afectación es una enfermedad que se adquiere en el campo. En la ciudad, por el contrario, con el continuo trato de la gente, esta enfermedad se modifica y acaba por desaparecer. Nosotros los del campo les debemos parecer ridículos á los de la ciudad.

—No todos; usted, por ejemplo, señorita, no lo parece.

—Ya vendrá con el tiempo,—replicó ella sonriéndose;—aquí en el campo, si algo cambia, lo cual acaece raras veces, es siempre en peor.

—En la vida de una mujer hay que esperar siempre los cambios.

—Mi principal deseo es el de poder poner en orden la hacienda de Kerzemien.

—¿Pero quiere usted dedicar su vida toda entera al cuidado del padre y de la hacienda?



—Sin duda. Y es natural, pues yo no conozco ni amo nada más en el mundo.

—El papá, Kerzemien... y basta,—repitió Polaniecki.

Hubo una pequeña pausa, después de la cual Marina propuso á Polaniecki ir á dar un paseo por el jardín. Encamináronse allí y no tardaron en llegar á la orilla del estanque.

Polaniecki, que en el extranjero se había ejercitado en el *sport*, logró poner á flote la barquilla; pero veíase que estaba inservible, porque el agua había entrado en ella por gran número de hendiduras.

—En eso puede usted formarse una idea de nuestra situación económica,—dijo Marina sonriéndose con amargura;—el agua entra por todas partes. Cuando que se seque el estanque lo haré recomponer.

—Tal vez sea el mismo bote al cual se me prohibía saltar cuando yo era niño.

—Puede muy bien ser.

—Si es aquél, confieso que no tengo suerte. Entonces no se me permitía manejarlo, y ahora casi me he estropeado la mano para ponerlo á flote.

Esto diciendo, había sacado del bolsillo el pañuelo y con la mano izquierda trataba de atárselo en la derecha, pero tenía tan poca destreza, que Marina intervino, diciéndole:

—Usted solo no lo conseguirá: yo le ayudaré.

Dió principio la operación. Polaniecki procuraba prolongarla, moviendo la mano en todos sentidos, porque experimentaba una dulce complacencia al contacto de aquellos delicados dedos. Apercibióse

ella, y alzando los ojos le miró: mas en el momento en que sus miradas se encontraron, adivinó la causa y ruborizándose vivamente bajó la cabeza.

Polaniecki sentía su proximidad, el suave vapor que de ella se desprendía se le subía á la cabeza, y su corazón empezó á palpar fuertemente.

—Sabía yo que estos lugares despertarían en mí dulces recuerdos, pero que debiesen llegar á serme tan queridos no me lo esperaba,—dijo el joven.

Marina comprendió que era sincero, que aquella audacia era efecto de su viveza de carácter y que no trataba de aprovecharse de su soledad; de consiguiente, en vez de ofenderse, contestó con aire burlón:

—Le ruego que no me dirija usted cumplidos, porque de lo contrario le ataré mal la mano y luego le dejaré solo.

—Déjeme mal envuelta la mano, si usted quiere, pero quédese usted. ¡Es tan hermosa la tarde!

La operación había terminado, y la joven pareja reanudó su paseo.

Realmente la tarde estaba hermosa. El estanque brillaba como oro bruñido bajo los oblicuos rayos del sol, muy bajo ya en el horizonte. Al otro lado, bordeando el pequeño lago extendíase un bosquecillo de alisos cuyos elevados remates se destacaban límpidamente sobre un cielo de color de fuego; ni una hoja se movía á impulsos del aire; todo estaba perfectamente tranquilo. En el corral, situado en la parte posterior de la casa, oíase parlotear las cigüeñas.

—¡Qué hermoso es Kerzemien! ¡Es suavemente hermoso!—exclamó Polaniecki;—ahora comprendo



porque le tiene usted tanto cariño. Además quien trabaja con fe, acaba por amar su propia obra, y Kerzemien le debe mucho á su actividad. También se vive en el campo, y en este momento lo comprendo yo. En la ciudad los hombres se gastan mucho; sobre todo los que agobiados por los negocios y por los cálculos, están completamente solos como yo. Bigiel, mi socio, tiene mujer é hijos, y de consiguiente puede ser feliz. Pero yo, ¿qué tengo? A veces me pregunto porque trabajo y á quién puede ser útil el dinero que ahorro. ¿Ve usted, señorita? cuando un hombre está acostumbrado á correr tras el dinero, acaba por estar convencido de que éste es el único objeto de su vida.

Los dos jóvenes dieron algunos pasos en silencio. El reflejo rojo del cielo iluminaba sus rostros con un color sanguíneo. Comprendían que sus sentimientos eran idénticos, y se sentían dichosos. Pocos instantes después Polaniecki prosiguió:

—Tenía mucha razón la señora Evatovski cuando me aseguraba que me bastaría una hora para conocerla y estimarla á usted, mientras que para otras no habría tenido bastante con un mes. Páreceme como si la conociera ya de años. Sin embargo, creo que una impresión semejante únicamente la pueden producir las personas verdaderamente buenas.

—Emilia me quiere bien y por esto me alaba,—respondió con sencillez Marina;—aún cuando esto fuese cierto, hay que confesar que no tengo igual poder sobre todo el mundo.

—Anoche usted se me apareció bajo distinto aspecto; pero estaba usted cansada y tenía sueño.

—Algo.

—¿Por qué no fué usted á acostarse? Para recibirme habría habido bastante con el criado, y hasta habría podido pasarme sin el té.

—No, no somos tan poco galantes. Papá me dijo que uno de nosotros tenía que recibirle á usted, y como temía que el velar podía serle perjudicial, me encargué yo.

—Por eso le pido que me perdone usted el haberla hablado de intereses. He hablado como verdadero hombre de negocios, pero cuando me encontré á solas me dije á mí mismo: «Eres un payaso». Ahora le pido humildemente que me dispense.

—No vale la pena de hablar de eso.

La roja luz del ocaso había invadido todo el firmamento, dándole el aspecto de una inmensa sábana de fuego.

Los dos jóvenes deshicieron su paseo y llegados junto á la casa, la joven se sentó en la balaustrada que conducía al jardín.

Polaniecki penetró un momento en la sala y volvió trayendo un pequeño taburete que fué á colocar debajo de los pies de Marina.

—Mil gracias,—dijo ella,—¿es usted muy amable!

—Mi carácter no me da por la galantería; lo poco que me he civilizado en este sentido se lo debo á la señora Evatovski.

—Si no se hubiese marchado á Reinchenhall me habría gustado invitarla á que nos viniese á hacer una visita.

—Y yo habría venido con Litka, sin que se me hubiese invitado.



—Ahora le invito á usted en nombre de mi padre y una vez por todas,—dijo riendo la joven.

—No sea usted tan imprudente,—observó Polaniecki,—porque soy capaz de abusar de su autorización. Me encuentro tan bien aquí, que vendré á refugiarme, bajo su salvaguardia, siempre que me aburra en Varsovia.

Marina fijó en él sus azules ojos como si quisiera preguntarle si hablaba de veras ó de burlas; luego en voz baja contestó:

—Venga usted.

Callaron ambos, poseídos del mismo sentimiento que paulatina é inexorablemente les ligaba. Al fin Marina rompió el encanto, diciendo:

—Me sorprende que papá no esté ya de vuelta.

El sol había desaparecido ya del horizonte. Con el crepúsculo, volaban los murciélagos describiendo silenciosos círculos; en el estanque empezaban á oirse los estridentes cantos de las ranas.

Polaniecki, sin fijarse en la observación de Marina, dijo, como si continuase una conversación entablada ya consigo mismo:

—Yo no hago estudios sobre la vida, porque me faltaría para ello el tiempo necesario. Cuando se apodera de mí el sosiego, como en este instante, siento un bienestar; cuando tengo el corazón apenado, percibo un malestar, y esto me basta. Sin embargo, cinco ó seis años atrás era muy diferente. Entonces me relacionaba con cierto número de personas á quienes se les había metido en la cabeza resolver el problema de la vida. Eran varios hombres de ciencia y un literato que hoy tiene gran celebridad en Bélgica. Los problemas propuestos

solían ser: «¿á dónde iremos á parar? ¿qué es el sentido? ¿qué valor tiene la vida?» Leían todos los tratados de filosofía; pero al fin me apercibí de que, con todas aquellas filosofías, se me habían marchado todas mis ganas de trabajar. Me dí, mentalmente, un tirón de orejas, y volví al trabajo, diciéndome en su consecuencia: «ya que es preciso vivir, saquemos de la vida el mayor provecho posible». Mi amigo Vascovscki me decía que nosotros los esclavos no somos capaces de contentarnos sólo con eso; pero todo esto es música. Que no sepamos contentarnos con sólo el dinero lo comprendo; yo mismo me he dicho muchas veces que, además del dinero, se necesitan otras dos cosas: amigos, y... ¿sabe usted cuál otra?... una mujer que nos ame para que el hombre pueda compartir con alguien lo que posee. Este es el verdadero objeto de la vida, y luego venga lo que quiera. Yo raras veces hablo de esto, —continuó Polaniecki después de una breve pausa; —pero Emilia tenía razón al decirme que se adquiere mayor intimidad con usted en un día que con otras en un año. Debe usted ser inmensamente buena. ¡Qué locura habría cometido no viniendo á Kerzemien! Si me lo permite usted volveré á menudo.

—Venga usted á menudo.

—Gracias.

Polaniecki le tendió la mano y Marina apoyó en ella la suya como para poner el sello á su consentimiento.

También ella encontraba bello á Polaniecki; agradábale aquel semblante varonil y abierto, como le gustaban sus negros cabellos, sus maneras francas

34994

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
625 MONTERREY, MEXICO



y sus ojos de fuego. Aquel hombre traía consigo un soplo de vida que hasta entonces había faltado en Kerzemien; veía ella abrirse ante sus ojos un horizonte nuevo, que se extendía mucho más allá de los estrechos límites en que se había deslizado su pasado. Por esto se había prendado de él en un solo día, cosa que jamás habría creído posible.

Nuevamente reinó entre ellos un prolongado silencio. El pensamiento les transportaba lejos, muy lejos. Al fin Marina señaló con la mano la fúlgida claridad que de improviso habíase dejado ver á través de los alisos.

—La luna,—dijo.

Rojo se elevaba por el horizonte el astro de la noche. Ladraron los perros, oyóse el ruido de un coche y pocos instantes después, Plavicki entraba en la sala, cuya lámpara había sido encendida poco antes. Marina entró también en la estancia, seguida de Polaniecki.

—Mis temores eran infundados,—dijo el viejo,—únicamente el señor Yamiz se ha sentido un poco indispuerto: mañana por la mañana sale para Varsovia. La señora me ha prometido venir pasado mañana. ¿Y vosotros dos, os habéis aburrido mucho?

—No, estábamos oyendo gritar las ranas,—respondió Polaniecki.

—Dios sabe para que crió las ranas, pero yo no tengo el derecho de quejarme, lo cual no impide que esos enojosos animalitos me priven de dormir. Marina trae el te.

Mientras bebían, el señor Plavicki refería la visita á los señores Yamiz. Los dos jóvenes guardaban

silencio. De vez en cuando encontrábanse sus ojos y cuando se dieron las buenas noches se estrecharon muy calurosamente la mano.

Al desnudarse, Marina experimentaba un suave cansancio. Reposaba ya su cabeza sobre las almohadas, y, en vez de lamentarse de que al siguiente día fuese lunes, y de que con el lunes daba principio toda una semana de trabajo, pensaba en el joven cuyas palabras resonaban aún en sus oídos.

Por su parte, Polaniecki mientras estaba fumando en la cama un cigarrillo, entregábase á las siguientes reflexiones:

—Marina es buena, bella y amable, ¿dónde podría hallar otra parecida?

### III

Al siguiente día, estaba nublado el cielo y la señorita Plavicki, al despertar, se dirigió á sí misma una serie de reproches. Comprendía que el día anterior había ido demasiado adelante y que había estado algo coqueta con Polaniecki. Acrecentaba su contrariedad la idea de que aquel hombre había venido como acreedor. Ella lo había olvidado, y ahora se hacía la siguiente reflexión:

—Si él se llegase á figurar que yo he tratado de enamorarle para hacerle más tratable, y menos severo...

Y ante este solo pensamiento, la sangre le afluí á la cabeza. Era altiva, y su noble carácter se rebelaba ante la simple suposición de que ella hubiese obrado por cálculo.

Y pensando en la posibilidad de una sospecha se-